

decidme, ¿qué diferencia hay entre hidalgo y caballero, que yo no lo alcanzo?

ANTONIO.—Yo os la diré. En los tiempos antiguos, los reyes hacían hidalgos algunos por servicios que les hacían ó por otros méritos que en ellos hallaban; á otros armaban caballeros, que era mayor dignidad, porque gozaban de más y mejores essenciones; pero esto se entendía en sus vidas, porque después sus descendientes no gozaban de más de ser hidalgos. Los que eran caballeros se obligaban á cumplir ciertas cosas cuando recibían la orden de caballería, como aun agora parece por algunas historias antiguas, y en los libros de historias fingidas, que tomaron exemplo de lo verdadero, se trata más copiosamente, y por esta causa eran en más estimados. Agora no se usa aquella orden de caballería, y así hay muy pocos caballeros á los cuales nuestro emperador ha dado este privilegio ó por sus virtudes ó por otros respetos, y con ser la mayor dignidad de todas en la milicia, puede tanto la malicia de las gentes, que si antes que hubiesen la orden de caballería no eran de buen linaje, los llaman por despreciados caballeros pardos ó hidalgos de privilegio, pareciéndoles que por ser en ellos más antigua la hidalguía tienen mayor valor, y dexando de guardar en esto la verdadera orden que se ha de tener. A los hidalgos ricos llaman caballeros, y á lo que creo es porque tienen más posibilidad para andar á caballo, que yo no veo otra causa que baste, porque tan hidalgo es un hidalgo que no tiene un maravedí de hacienda como un señor que tiene veinte cuentos de renta, si, como he dicho, no es armado caballero; y hay tan pocos caballeros en Castilla, que aunque el rey ha dicho algunos, no sería muy dificultoso el número dellos, y con todo esto no veréis otra cosa, ni oiréis entre los que presumen sino á fe de caballero, yo os prometo como caballero, sin que tengan más parte con ser caballeros que quien nunca lo fué ni lo soñó ser, ó diremos que toman este nombre en muy ancho significado porque el vulgo tiene por caballero que es hombre rico que anda á caballo. Desta manera son todas las otras cosas que tocan á esto de la honra, que ningún concierto ni orden hay en ellas,

sino que cada uno juzga y defiende como le parece y como más hace á su apetito.

ALBANIO.—¿Sabéis, Antonio, qué veo? Que cuando comenzamos esta materia prometistes de no sentenciar en ella, y á lo que he visto, por más que sentenciar tengo vuestras palabras, pues ningún lugar habéis dejado con ellas para ser más estimados los herederos de la honra que los que por sí la ganaron, y no os veo tan desapasionado en esto que queráis volver atrás de lo que habéis dicho en ninguna cosa.

ANTONIO.—Yo digo lo que siento, y no por esso dejo de pensar que habrá otros que lo sientan differentemente y de manera que tengan otras muchas razones contrarias para contradecir lo que he dicho, y así me pongo debaxo de la corrección de los que más sabios fueren y mejor lo entendieren: pero esto ha de ser no les yendo en ello su propio interese, que desta manera podrán ser buenos jueces, como vemos que lo fué Salustio que cuando competía con Marco Tulio, porque le iba su propia pasión, fué del parecer vulgar, mas cuando habló desapasionado y como filósofo moral en la batalla que escribió del rey Ingurta dice así:

*Quanto vita majorum placidior est,
tanto posterorum socordia flagitior est.*

que quiere decir: quanto la vida de los antepasados fué más illustre, tanto la perezosa de los descendientes es más culpada.

Y pues que ya hemos dicho brevemente todo lo que alcanza á nuestros claros juicios, y yo he cumplido lo que quedé mejor que he sabido, justo será que nos vamos, que ya el sol tiene tanta fuerza que no basta el frescor de la verdura para resistirla.

JERÓNIMO.—Es ya casi medio día y con el gusto de la cuestión no hemos sentido ir el tiempo. Caminemos, porque no hagamos falta, que ya el conde habrá demandado la comida.

Finis.

COLLOQUIO PASTORIL

En que un pastor llamado Torcato cuenta á otros dos pastores llamados Filonio y Grisaldo los amores que tuvo con una pastora llamada Belisia. Va compuesto en estilo apacible y gracioso y contiene en sí avisos provechosos para que las gentes huyan de dexarse vencer del Amor, tomando enxemplo en el fin que tuvieron estos amores y el pago que dan á los que ciegamente los siguen, como se podrá ver en el proceso deste colloquio.

Á LOS LECTORES DICE LAS CAUSAS QUE LE MOVIERON Á PONER ESTE COLLOQUIO CON LOS PASSADOS.

Bien cierto estoy que no faltarán diferentes juicios para juzgar esta obra, como los hay para todas las otras que se escriben, y que aunque haya algunos á quien les parezca bien, habrá otros que tendrán otro parecer diferente y murmurarán diciendo que no fué bien acertado mezclar con los colloquios de veras uno de burlas, como es el que se sigue, y que yo debiera excusarlo así, y quiero decir los motivos que para ello tuve y me parecieron bastantes, en los cuales pude acertar y también he podido engañarme, que creo que habrá asimismo en estos diversos pareceres como en lo pasado. Lo primero que me movió, fué que, dirigiendo este libro al señor don Alonso Pimentel, y estando su señoría en edad tan tierna, cuando viniese á leer cosas más pesadas que apacibles, como son las que se tratan en estos colloquios, que por ventura se enfadaria dellas, y convenía hallar en qué mudar el gusto para tomar más sabor en lo que se leyese, y así quise poner por fruta de postre la que también podrá servir en el medio cuando entre manjar y manjar quisiere gustar della; y demás desto, no dexa de tener en sí este colloquio muy buenos enxemplos y doctrina, pues se podrá entender por él el fin que se sigue en los amores que se siguen con vanidad, y cuán poca firmeza se suele hallar en ellos. También en la segunda y tercera parte se hallarán algunas cosas que, considerándolas, se sacará dellas muy gran provecho, pues tienen más sentido en sí del que en la letra parece; y sin estas causas que he dado, parecióme que podría yo hacer lo que otros autores muy graves hicieron sin ser reprehendidos por ello, y que tenía escudo y amparo en su enxemplo contra las

lenguas de los que de mí por esta causa murmurar quisiesen.

El primero es el poeta Virgilio, que con los libros de *La Eneida*, siendo obra tan calificada, no le pareció mal poner las *Bucólicas*, que tratan cosas de amores, y los *Parvos*, que son todos de burlas y juegos. El poeta Ovidio también mezcló con sus obras el de *Arte amandi* y el de *Remedio amoris*. Eneas Silvio, que después se llamó el papa Pío, escribió cosas muy encarecidas y con ellas los *Amores de Eurialo Franco* y *Lucrecia Senesa*. Luciano, autor griego, con los colloquios de veras mezcló algunos de burlas y donaires, y también puso con ellos los libros en que escribe el *Mundo nuevo de la luna*, fingiendo que hay en ella ciudades y poblaciones de gentes y otras cosas que van pareciendo disparates. Petrarca muchas obras escribió en que se mostró muy gran teólogo y letrado, y no por esto dexó de poner entre ellas la que hizo sobre los amores que tuvo con madona Laura, y así yo pude escribir el colloquio que se sigue con los pasados, teniendo por mi parte tantos autores con quien defenderme de lo que fuere acusado. Y si estas razones y excusas no bastaren, bastará una, y es que á los que les pareciere mal no lo lean y hagan cuenta que aquí se acabaron los colloquios, que para mí basta solamente que á quien van dirigidos se satisfaga de mi intención, la cual ha sido de acertar á servir en esto y en todo lo que más pudiese hacerlo, como soy obligado.

Torquemada.

COLLOQUIO PASTORIL

En que se tratan los amores de un pastor llamado Torcato con una pastora llamada Belisia; el cual da cuenta dellos á otros dos pastores llamados Filonio y Grisaldo, quejándose del agravio que recibió de su amiga. Va partido en tres partes. La primera es del proceso de los amores. La segunda es un sueño. En la tercera se trata la causa que pudo haber para lo que Belisia con Torcato hizo.

INTERLOCUTORES

Grisaldo.—Torcato.—Filonio.

FILONIO.—¿Qué te parece, Grisaldo, de las regocijadas y apacibles fiestas que en

estos desposorios de Silveida en nuestro lugar hemos tenido, y con cuánto contento de todos se ha regocijado? Que si bien miras en ello, no se han visto en nuestros tiempos bodas que con mayor solemnidad se festejasen, ni en que tantos zagales tan bien adrezados ni tantas zagalas tan hermosas y bien ataviadas y compuestas se hayan en uno juntado.

GRISALDO.—Razón tienes, Filonio, en lo que dices, aunque yo no venga del todo contento por algunos agravios que en ellas se han recibido, que á mi ver han sido en perjuicio de algunos compañeros nuestros, que con justa causa podrán quedar sentidos de la sinrazón que recibieron. Y porque no eres de tan torpe entendimiento que tu juicio no baste para haber conocido lo que digo, dime, así goces muchos años los amores de Micenia y puedas romper en su servicio el jubón colorado y sayo verde con la caperuza azul y zaragüelles que para los días de fiesta tienes guardados, ¿no fué mal juzgada la lucha entre Palemón y Melibeo dándose la ventaja á quien no la tenía y poniendo la guirnalda á quien no la había merecido; que si tuviste atención, no fué pequeña ventaja la que tuvo el que dieron por vencido al que por vencedor señalaron?

FILONIO.—Verdaderamente, hermano Grisaldo, bien desengañado estaba yo de que el juicio fué hecho más con afición que no con razón ni justicia; porque puesto caso que Palemón sobrepujase en fuerzas a Melibeo, no por eso se le debía atribuir la victoria, pues nunca le dió caída en que ambos no pareciesen juntamente en el suelo, y demás desto, si bien miraste la destreza de Melibeo en echar los traspies, el aviso en armar las zancadillas, la buena maña en dar los vaivenes, juzgarás que no había zagal en todas estas aldeas que en esto pudiese sobrepujarlo; y cuando Palemón con sus fuertes brazos en alto lo levantaba, así como dicen que Hércules hizo al poderoso Anteo, al caer estaba Melibeo tan mañoso que, apenas con sus espaldas tocaba tierra, cuando en un punto tenía á Palemón debaxo de sí, que quien quiera que le viera más dignamente le juzgara por victorioso que por vencido. Pero ¿qué quieres que hiciese el buen pastor

Quiral, puésto por juez, que por complacer á su amada Floria le era forzado que, con justicia ó sin ella, diese la sentencia por Palemón su hermano?

GRISALDO.—Si al amor pones de por medio, pocas cosas justas dexarán de tornar injustamente hechas. Y dexando la lucha, no fué menos de ver el juego de la chueca, que tan reñido fué por todas partes, en el cual se mostró bien la desenvoltura y ligereza de los zagales, que en todo un día no pudieron acabar de ganarse el precio que para los vencedores estaba puesto; ni en la corrida del bollo se acabó de determinar cuál de los tres que llegaron á la par lo había tocado más presto que los otros, y en otras dos veces que tornaron á correr, parecía que siempre con igualdad habían llegado.

FILONIO.—Bien parece que con faltar Torcato en estos regocijos y fiestas, todos los pastores y mancebos aldeanos pueden tener presunción que cuando él presente se hallaba, ninguno había que con gran parte en fuerzas y maña le igualase; todas las joyas y preesas eran suyas, porque mejor que todos lo merecía y en tirar á mano ó con una honda, en saltar y bailar á todos sobrepujaba, en tañer y cantar con flauta, rabel y cherumbela, otro segundo dios Pan parecía. No había zagala hermosa en toda la comarca que por él no se perdiese; todas deseaban que las amase, y, en fin, de todas las cosas de buen pastor á todos los otros pastores era preferido; mas ahora yo no puedo entender qué enfermedad le trae tan fatigado y abatido, tan diferente del que ser solía, que apenas le conozco cuando le veo su gesto, que en color blanca con las mejillas coloradas á la blanca leche cubierta de algunas hojas de olorosos claveles semejava, agora flaco, amarillo, con ojos sumidos, más figura de la misma muerte que de hombre que tiene vida me parece; su tañer y cantar todo se ha convertido en llores y tristezas; sus placeres y regocijos en suspiros y gemidos; su dulce conversación en una soledad tan triste que siempre anda huyendo de aquellos que lo podrían hacer compañía. En verdad te digo, Grisaldo, que las veces que con él me hallo, en verle cual le veo, con gran lástima que le tengo, me

pesa de haberle encontrado, viendo el poco remedio que á sus males puedo darle.

GRISALDO.—Mal se puede remediar el mal que no se conoce; pero bien sería procurar de saberlo dél, si como amigo quisiese manifestarnos lo que siente.

FILONIO.—Muchas veces se lo he preguntado, y lo que entiendo es que él no entiende su mal, ó si lo conoce, no ha querido declararse conmigo; pero lo que yo solo no he podido, podría ser que entrambos como amigos pudiésemos acabarlo. Y si su dolencia es tal que por alguna manera pudiese ser curada, justo será que á cualquiera trabajo nos pongamos para que un zagal de tanta estima y tan amigo y compañero de todos no acabe tan presto sus días, trayendo la vida tan aborrida.

GRISALDO.—¿Pues sabes tú por ventura dónde hallarlo pudiésemos? que así goce yo de mi amada Lidia, no procure con menor cuidado su salud que la mía propia.

FILONIO.—No tiene estancia tan cierta que no somos dudosos de encontrarle, porque siempre se aparta por los xarales más espesos y algunas veces en los valles sombríos, y en las cuevas oscuras se encierra, donde sus gemidos, sus lamentaciones y querellas no puedan ser oídas; pero lo más cierto será hallarle á la fuente del olivo, que está en medio de la espesura del bosque de Diana, porque muchas veces arrimado á aquel árbol lo he visto tañer y cantar estando puesto debaxo de la sombra y oteando de allí su ganado, el cual se puede decir que anda sin dueño, según el descuido del que lo apacienta.

GRISALDO.—Pues sigue, Filonio, el camino, que cerca estamos del lugar donde dices. Y para que menos cansancio sintamos, podremos ir cantando una canción que pocos días ha cantaba Lidia á la vuelta que hacia del campo para la aldea trayendo á sestear sus ovejas.

FILONIO.—Comienza tú á decirla, que yo te ayudaré lo mejor que supiere.

GRISALDO

En el campo nacen flores
y en el alma los amores.

El alma siente el dolor
del zagal enamorado,

y en el alma está el amor
y el alma siente el cuidado;
assí como anda el ganado
en este campo de flores,
siente el alma los amores.

FILONIO.—Calla, Grisaldo, no cantemos; que á Torcato veo adonde te dixe, y tendido en aquella verde yerba, recostado sobre el brazo derecho, la mano puesta en su mexilla, mostrando en el semblante la tristeza de que continuamente anda acompañado, y a lo que parece hablando está entre sí. Por ventura antes que nos vea podremos oír alguna cosa por donde podamos entender la causa de su mal.

GRISALDO.—Muy bien dices; pues no nos ha sentido, acerquémonos más, porque mejor podamos oírle.

TORCATO.—¡Oh, claro sol, que con los resplandecientes rayos de la imagen de tu memoria alumbras los ojos de mi entendimiento, para que en ausencia te tenga presente, contemplando la mucha razón que tengo para lo poco que padezco! ¿Por qué permites eclipsar con la crueldad de tu olvido la luz de que mi ánima goza, poniéndola en medio de la oscuridad de las tinieblas infernales, pues no tengo por menores ni menos crueles mis penas que las que en el infierno se padecen? ¡Oh, ánima de tantos tormentos rodeada! ¿cómo con ser inmortal los recibes en ti para que el cuerpo con el fuego en que tú te abrasas se acabe de convertir en ceniza? Si el uso de alguna libertad en ti ha quedado, sea para dexar recibir tanta parte de tus fatigas al miserable cuerpo que con ellas pueda acabar la desventurada vida en que se ve. ¡Oh, desventurado Torcato, que tú mismo no sabes ni entiendes lo que quieres, porque sin con la muerte das fin á los trabajos corporales no confiesas que quedarán en tu ánima inmortal perpetuamente! Y si han de quedar en ella, ¿no es mejor que viviendo se los ayude á padecer tu cuerpo en pago de la gloria que con los favores pasados de tu Belisia le fue en algún tiempo comunicada? ¡Oh, cuél Belisia, que ninguna cosa pido, ni desseo, ni quiero, que no sea desatino, sino es solamente quererte con aquel verdadero amor y afición que tan mal galardonado me ha

sido! Ando huyendo de la vida por contentarte y pienso que no te hago servicio con procurar mi muerte, porque mayor contentamiento recibes con hacer de mí sacrificio cada día y cada hora que el que recibirías en verme de una vez sacrificado del todo, porque no te quedaría en quién poder executar tu inhumana crueldad, como agora en el tu sin ventura Torcato lo haces; bien sé que ninguna cosa ha de bastar á moverte tu corazón duro para que él de mí se compadezca; pero no por eso te dexaré de manifestar en mis versos parte de lo que este siervo tuyo, Torcato, en el alma y en el cuerpo padece. Escuchadme, cruel Belisia, que aunque de mí estés ausente, si ante tus ojos me tienes presente, como yo siempre te tengo, no podrás dexar de oír mis dolorosas voces, que enderezadas á ti hendirán con mis suspiros el aire, para que puedan venir á herir en tus oídos sordos mis tristes querellas.

FILONIO.—Espantado me tienen las palabras de Torcato, y no puede ser pequeño el mal que tan sin sentir lo tiene que no nos haya sentido; pero esperemos á ver si con lo que dixere podremos entender más particularmente su dolencia, pues que de lo que ha dicho se conoce ser los amores de alguna zagala llamada Belisia.

GRISALDO.—Lo que yo entiendo es que no he entendido nada, porque van sus razones tan llenas de filosofías que no dexan entenderse; no sé yo cómo Torcato las ha podido aprender andando tras el ganado. Mas escuchemos, porque habiendo templado el rabel, comienza á tañer y cantar con muy dulce armonía.

TORCATO

¡Oh, triste vida de tristezas llena,
vida sin esperanza de alegría,
vida que no tienes hora buena,
vida que morirás con tu porfía,
vida que no eres vida, sino pena,
tal pena que sin ella moriría
quien sin penar algún tiempo se viese,
si el bien que está en la pena conociese!

Más aceda que el acebo al gusto triste,
más amarga que el acibar desdeñosa,
ningún sabor jamás dulce me diste

que no tornase en vida trabajosa;
aquel bien que en un tiempo me quisiste
se ha convertido en pena tan rabiosa,
que de mí mismo huyo y de mí he miedo
y de mí ando huyendo, aunque no puedo.

Sabrosa la memoria que en ausencia
te pone ante mis ojos tan presente,
que cuando en mí conozco tu presencia,
mi alma está en la gloria estando ausente,
mas luego mis sentidos dan sentencia
contra mi dulce agonía, que consiente
tenerte puesta en mi entendimiento
con gloria, pues tu gloria es dar tormento.

¡Oh, quién no fuese el que es, porque no
no sentiría lo que el alma siente; [siendo
mi ánima está triste, y padeciendo;
mi voluntad, que tuya, lo consiente;
si alguna vez de mí me estoy doliendo
con gran dolor, es tal que se arrepiente;
porque el dolor que causa tu memoria
no se dexa sentir con tanta gloria.

Mis voces lleva el viento, y mis gemidos
rompen con mis clamores l'aire tierno,
y en el alto cielo son más presto oídos,
también en lo profundo del infierno;
que tú quieres que se abran tus oídos
á oír mi doloroso mal y eterno;
si llamo no respondes, y si callo
ningún remedio á mis fatigas hallo.

También llamo la muerte y no responde,
que sorda está á mi llanto doloroso;
si la quiero buscar, yo no sé á dónde,
y así tengo el vivir siempre forzoso;
si llamo á la alegría, se me asconde;
respóndeme el trabajo sin reposo,
y en todo cuanto busco algún contento,
dolor, tristeza y llanto es lo que siento.

TORNA Á HABLAR TORCATO

¡Oh, desventurado Torcato! ¿á quién
dices tus fatigas? ¿á quién cuentas tus
tormentos? ¿á quién publicas tus lástimas
y angustias? Mira que estás solo; ninguno
te oye en esta soledad; ninguno dará testimonio
de tus lágrimas, si no son las ninfas desta
clara y cristalina fuente y las hayas y robles
altos y las encinas, que no sabrán entender
lo que tú entiendes. Das voces al viento,
llamas sin que haya quien te responda,
si no es sola Eco que, resonando de las
concauidades destes montes, de ti se duele,
sin poder poner remedio á

tu pasión. ¡Ay de mí, que no puedo acabar
de morir, porque con la muerte no se acaban
mis tormentos; tampoco tengo fuerzas
para sustentar la miserable vida, la cual
no tiene más del nombre sólo, porque
verdaderamente está tan muerta que yo
no sé cómo me viva! ¡Ay de mí, que muero
y no veo quién pueda valerme!

GRISALDO.—¡Filonio, Filonio; mira que
se ha desmayado Torcato! Socorrámosle
presto, que, perdiendo la color, su gesto
ha quedado con aquel parecer que tienen
aquellos que llevan á meter en la sepultura.

FILONIO.—¡Oh, mal afortunado pastor, y
que desventura tan grande! ¿Qué mal puede
ser el tuyo que en tal extremo te haya
puesto? Trae, Grisaldo, en tus manos del
agua de aquella fuente, en tanto que yo
sustento su cabeza en mi regazo; ven presto
y dale con ella con toda la furia en el
gesto, para que con la fuerza de la frialdad
y del miedo de los espíritus vitales que
dél van huyendo tornen á revivir y á cobrar
las fuerzas que perdidas tenía; tórname
á dar otra vez con ella.

GRISALDO.—¡Ya vuelve, ya vuelve en su
acuerdo! Acaba de abrir los ojos, Torcato,
y vuelve en ti, que no estás tan sólo como
piensas.

TORCATO.—El cuerpo puede tener compañía,
pero el alma, que no está conmigo,
no tiene otra sino la de aquella fiera y
despiadada Belisia, que de continuo della
anda huyendo.

FILONIO.—Déxate deso, Torcato, agora
que ningún provecho traen á tu salud esos
pensamientos.

TORCATO.—¿Y qué salud puedo yo tener
sin ellos, que no fuese mayor enfermedad
que la que agora padezco? Pero decidme;
ansí Dios os dé aquella alegría que á mí
me falta, ¿qué ventura os ha traído por
aquí á tal tiempo, que no es poco alivio
para mí ver que en tan gran necesidad
me hayáis socorrido, para poder mejor
pasar el trabajo en que me he visto; que
bien sé que la muerte, con todas estas
amenazas, no tiene tan gran amistad
conmigo que quiera tan presto contarme
entre los que ya siguen su bandera?

FILONIO.—La causa de nuestra venida
ha sido la lástima que de ti y de tu
dolencia tenemos; y el cuidado nos puso en

camino, buscándote donde te hemos hallado,
para procurar como amigo que vuelvas
al ser primero que tenías, porque según
la mudanza que en tus condiciones has
hecho, ya no eres aquel Torcato que solías;
mudo estás de todo punto, y créeme,
como á verdadero amigo que soy tuyo, que
los males que no son comunicados no hallan
tan presto el remedio necesario, porque
el que los padece, con la pasión está
ciego para ver ni hallar el camino por
donde pueda salir dellos; así que, amigo
Torcato, páganos la amistad que tenemos
con decirnos la causa de tu dolor más
particularmente de lo cual hemos entendido,
pues ya no puedes encubrir que no proceda
de amores y de pastora que se llame
Belisia, á la cual no conocemos, por no
haber tal pastora ni zagala en nuestro
lugar, ni que de este nombre se llame.

GRISALDO.—No dudes, Torcato, en hacer
lo que Filonio te ruega, pues la afición
con que te lo pedimos y la voluntad con
que, siendo en nuestra mano, lo remediarémos,
merecen que no nos niegues ninguna
cosa de lo que por ti pasa; que si conviene
tenerlo secreto, seguro podrás estar que
á ti mismo lo dices, porque los verdaderos
amigos una misma cosa son para sentir
y estimar las cosas de sus amigos,
haciéndolas propias suyas, así para saberlas
encubrir y callar como para remediarlas
si pueden.

TORCATO.—Conocido he todo lo que me
habéis dicho, y aunque yo estaba determinado
de no descubrir mi rabioso dolor á
persona del mundo, obligado quedo con
vuestras buenas obras y razones á que como
amigos entendáis la causa que tengo
para la triste vida que padezco. Y no
porque piense que ha de aprovecharme, si
no fuere para el descanso que recibiré
cuando viere que de mis tribulaciones y
fatigas os doléis, las cuales moverán á
cualquier corazón de piedra dura á que de
mí se duela y compadezca. No quiero
encomendaros el secreto, pues me lo habéis
ofrecido, que nunca por mí vaya poco en
que todo el mundo lo sepa. Es tanto el
amor que tengo á esta pastora Belisia, que
no querría que ninguno viniese á saber
el desamor y ingratitud que conmigo ha

usado, para ponerme en el extremo que me tiene.

FILONIO. — Bien puedes decir, Torcato, todo lo que quisieres, debaxo del seguro que Grisaldo por ambos te ha dado.

TORCATO.—Ora, pues, estad atentos, que yo quiero comenzar desde el principio de mis amores y gozar del alivio que reciben los que cuentan sus trabajos á las personas que saben que se han de doler dellos.

COMIENZA TORCATO Á CONTAR EL PROCESO DE SUS AMORES CON LA PASTORA BELISIA

En aquel apacible y sereno tiempo, cuando los campos y prados en medio del frescor de su verdura están adornados con la hermosura de las flores y rosas de diversas colores, que la naturaleza con perfectos y lindos matices produce, brotando los árboles y plantas las hojas y sabrosas frutas, que con gran alegría regocijan los corazones de los que gozarlas después de maduras esperan, estaba yo el año pasado con no menor regocijo de ver el fruto que mis ovejas y cabras habían brotado, gozando de ver los mansos corderos mamando la sabrosa leche de las tetas de sus madres y á los ligeros cabritos dando saltos y retozando los unos con los otros; los becerros y terneros apacentándose con la verde y abundante yerba que en todas partes les sobraba, de manera que todo lo que miraba me causaba alegría, con todo lo que veía me regocijaba, todo lo que sentía me daba contento, cantando y tañendo con mi rabel y chirumbela passaba la más sabrosa y alegre vida que contar ni deciros quiero.

Muchas veces, cuando tañer me sentían los zagales y pastores que en los lugares cercanos sus ganados apacentaban, dexándolos con sola la guarda de los mastines, se venían á bailar y danzar con grandes desafíos y apuestas, poniéndome á mí por juez de todo lo que entre ellos passaba; y después que á sus majadas se volvían, gozaba yo solo de quedar tendido sobre la verde yerba, donde vencido del sabroso sueño sin ningún cuidado dormía, y cuando despierto me hallaba, contemplando en la luz y resplandor que la luna de sí daba, en la claridad de los planetas

y estrellas, y en la hermosura de los cielos y en otras cosas semejantes passaba el tiempo, y levantándome daba vuelta á la redonda de mi ganado y más cuando los perros ladraban, con temor de los lobos, porque ningún daño les hiciessen.

Y después de esto, pensando entre mí, me reía de los requiebros y de las palabras amorosas que los pastores enamorados á las pastoras decían, gozando yo de aquella libertad con que á todos los escuchaba, y con esta sabrosa y dulce vida, en que con tan gran contentamiento vivía, pasé hasta que la fuerza grande del sol y la sequedad del verano fueron causa que las yerbas de esta tierra llana se marchitassen y pusiesen al ganado en necesidad de subirse á las altas sierras, como en todos los años acostumbraban hacerlo; y así, juntos los pastores, llevando un mayoral entre nosotros, que en la sierra nos gobernase, nos fuimos á ella. Y como de muchas partes otros pastores y pastoras también allí sus ganados apacentassen, mi ventura, ó por mejor decir desventura, traxo entre las otras á esa inhumana y cruel pastora, llamada Belisia, cuyas gracias y hermosura así aplacieron á mis ojos, que con atención la miraban, que teniéndolos puestos en ella tan firmes y tan constantes en su obstinado mirar, como si cerrar, ni abrir, ni mudar no los pudiera, dieron lugar con su descuidado embovescimiento que por ellos entrase tan delicada y sabrosamente la dulce ponzoña de Amor, que cuando comencé á sentirla ya mi corazón estaba tan lleno della que, buscando mi libertad, la vi tan lexos de mí ir huyendo, con tan presurosa ligera velocidad, que por mucha diligencia que puse en alcanzarla, sintiendo el daño que esperaba por mi descuido, jamás pude hacerlo, antes quedé del todo sin esperanza de cobrarla, porque volviendo á mirar á quien tan sin sentido robádome a había, vi que sus hermosos ojos, mirándome, contra mí se mostraban algo zirados, y parecióme casi conocer en ellos, por las señales que mi mismo deseo interpretaba, decirme: ¿De qué te dueles, Torcato? ¿Por ventura has empleado tan mal tus pensamientos que no estén mejor que merecen? Yo con grande humildad, entre mí respondiendo, le dije: Perdonad-

me, dulce ánima mía, que yo conozco ser verdad lo que dices, y en pago de ello protesto servirte todos los días que viviere con aquel verdadero amor y affición que á tan gentil y graciosa zagala se debe.

Y así, dándole á entender, con mirarla todas las veces que podía, lo que era vedado á mi lengua, por no poder manifestar en presencia de los que entre nosotros estaban el fuego que en mis entrañas comenzaba á engendrarse, para convertirlas poco á poco en ceniza, encontrándonos con la vista (porque ella, casi conociendo lo que yo sentía, también me miraba), le daba á conocer que, dexando de ser mía, más verdaderamente estaba cautivo de su beldad y bien parecer. Y mudando el semblante, que siempre solía estar acompañado de alegría, en una dulce tristeza, también comencé á trocar mi condición, de manera que todos conocían la novedad que en mí había.

Y todo mi deseo y cuidado no era otro sino poder hablar á la mi Belisia, y que mi lengua le pudiese manifestar lo que sentía el corazón, para dar con esto algún alivio á mi tormento; y porque mejor se pudiese encubrir mi pensamiento determiné en lo público mostrar otros amores, con los cuales fengidos encubriese los verdaderos, para que de ninguno fuesen sentidos, y así me mostré aficionado y con voluntad de servir á una pastora llamada Aurelia, que muchas veces andaba en compañía de la mi Belisia, y conversaba con mucha familiaridad y grande amistad con ella. Y andando buscando tiempo y oportunidad para que mi deseo se cumpliera, hallaba tantos embarazos de por medio, que no era pequeña la fatiga que mi ánima con ellos sentía. Y habiéndose juntado un día de fiesta algunos pastores y pastoras en la majada de sus padres de la mi Belisia, después de haber algún rato bailado al son que yo con mi chirumbela les hacía, me rogaron que cantase algunos versos de los que solía decir otras veces, y sin esperar á que más me lo dixesen, puestos los ojos con la mejor disimulación que pude á donde la affición los guiaba, dando primero un pequeño suspiro, al cual la vergüenza de los que presentes estaban detuvo en mi pecho, para que del

todo salir no pudiese, comencé á decir:

Extremos que con fuerza así extremada dais pena á mis sentidos tan sin tiento, teniendo al alma triste, fatigada,

Causáisme de continuo un tal tormento que mi alma lo quiere y lo asegura, porque viene mezclado con contento.

Si acaso vez alguna se figura á mi pena cruel que se fenece, ella misma el penar siempre procura.

Cuando el cuidado triste en mí más crece, mayor contento siento y mayor gloria, porque el mismo cuidado la merece.

De mal y bien tan llena mi memoria está, que la razón no determina cuál dellos lleva el triunfo de victoria.

Con este extremo tal que desatina, mi esperanza y mi vida van buscando el medio (1) que tras él siempre camina.

Y si grandes peligros van pasando, ninguno les empece ni fatiga; de todos ellos salen escapando.

El agua no les daña, porque amiga á mis lágrimas tristes se ha mostrado, pues que ellas dan camino en que las siga.

El fuego no las quema, que abrasado de otro fuego mayor siempre me siente, y así pasan por él muy sin cuidado.

También mi sospirar nunca consiente que el viento les fatigue ni dé pena, si aquel de mis suspiros no está ausente.

Amor con mi ventura así lo ordena, para mostrar en mí su gran potencia, porque á perpetua pena me condena.

Dada está contra mí cruel sentencia, que no pueda morir, ni yo matarme ni sanar pueda desta gran dolencia.

Sólo Amor puede con fuerza acabarme si me falta el consuelo y esperanza de aquella que el consuelo pueda darme.

Con mucha atención estuvieron escuchándome todos los que allí estaban, y principalmente aquella hermosa Belisia, conociendo que salían mis palabras forzadas de la pasión que mi ánima por ella sentía, y tornando al regocijo primero de los bailes y danzas, oímos muy grandes voces de pastores y ladridos de mastines y perros, que seguían un lobo que de entre el ga-

(1) *Remedio* dice la edición de Mondoñedo, añadiendo una sílaba al verso.

nado un cordero llevaba, al cual todos los de la compañía, deseosos de aquella provechosa caza, comenzaron á seguir con gran grita y alaridos, acossando los perros para que con mayor voluntad al lobo siguiesen, y como todos con grande atención lo fuesen mirando y siguiendo, sólo yo miraba en lo que más me convenía, que era en la mi querida Belisia, la cual, no sé si por no poder más correr, ó con la lástima que de mí tenía, por darme lugar á que con manifestársela recibiese algún descanso, se quedó harto zaguera; y yo, deteniéndome de la misma manera, hasta que ambos emparejamos juntos, con la color mudada y la voz temblando, que casi formar las palabras no podía, así le comencé á decir:

DESCUBRE TORCATO SUS AMORES Á BELISIA

“Aquel amor, cuyas fuerzas poderosas á ninguno perdonan, Belisia mía, en mí las ha executado con tan gran fuerza, que forzosamente me ha rendido y hecho poner las armas de mi libertad en tus manos, haciéndome cautivo de tu angélica belleza, porque como del resplandeciente sol la luna y estrellas resciben la claridad que en ellas se muestra, no teniendo de sí mismas otra ninguna con que manifestársenos puedan, así mis sentidos, que la vida tienen prestada por el tiempo que tú dársela quisieres, recibéndola de ti, te pagan el tributo del conocimiento que desto te deben, poniéndose en tu presencia con aquella humildad que más piensan aprovecharles, para que de mi atribulado corazón te dueñas. ¡Ay de mí, Belisia, que si como siento el trabajo de mi rabioso dolor sentiese no ser de ti conocido, imposible sería sustentar la vida con el bravo y contino tormento que padece! Bien sé que, aunque no te he hasta agora manifestado la crueldad de mi pena, ni la causa de mi tristeza, ni el extremo en que tu hermosura me ha puesto, en mis ojos lo habrás conocido, los cuales, habiendo querido mostrarse amigos de mi lengua, y viéndola hasta agora que estando muda ha callado, como no pueden formar las palabras que la lengua diría, con lágrimas dan señal de la fatiga que el corazón siente; lo que te suplico es

que de mi terrible mal hayas lástima, ayudándome con algún remedio que pueda aliviármelo, pues que, faltándome tu favor, del todo sería imposible sustentar la vida, y si esto hacer no quisieres, á lo menos que muestres que recibirás contento con mi muerte; porque no está en más de que tú lo quieras para que yo no pueda vivir más sola una hora en el mundo”.

Acabando de decir esto, mis ojos regaban la tierra con tanta abundancia de lágrimas, que yo mesmo me maravillaba, pareciéndome que del todo me había de convertir en ellas, y, mis suspiros parecía que rompían mis entrañas con la fuerza que salían para alentar el corazón, que en el golfo de mi pasión se ahogaba, y temblando con el temor que de la respuesta de Belisia esperaba, la vi que, mirando con el gesto algo alegre y risueño, me decía:

“Bien pensé, Torcato, que no llegará á tanto tu atrevimiento que así tan claramente osases manifestarme lo que sientes, pues que no has conocido de mí ser amiga de oír ni entender cosa que á mi honra y fama en alguna manera dañara; y no tengas en poco haberte escuchado lo que muchos días ha que de ti he conocido, aunque más quisiera no conocerlo; porque ni tú te vieras en el trabajo que publicas, ni yo lo tuviera en pensar que por mi causa lo padesces; y digo que lo pienso, porque no sé cómo te crea habiendo publicado tus amores con Aurelia, de la cual entiendo que como á su vida te quiere y ama; si lo que dices es para engañarme, confiando en la simplicidad de pastora que en mí sientes, engañado vives, que con dificultad podrás hacerlo, y si no el tiempo descubrirá tu secreto y á mí me dirá lo que hacer debo; por agora te baste que, si me me amas como la muestra, te lo agradezco, y fuera deste agradecimiento en la voluntad, no me pidas otra cosa que no pueda, sin perjuicio mío y de mi honestidad, en ningún tiempo hacerla”.

Tal quedé con la respuesta de la mi Belisia como los que en la profundidad de la mar con gran tormenta navegan, inciertos del fin que han de haber en su jornada peligrosa, porque lo que por una parte en sus razones me concedía, que era licencia para quererla, por otra me la ne-

gaba para que más la serviese; y lo que más pena me dió era los celos que de Aurelia me pedía, siendo yo tan verdadero testigo de su engaño; y para desengañarla del mal pensamiento que tenía, le dixé: “Harto bien es para mí, señora mía, que conozcas que la afición que te muestro y el verdadero amor que tengo no es fingido; y así quiero que también me creas que ningún engaño en él está encubierto, sino es el que recibe Aurelia si piensa que yo la quiero, habiendo sujetado mi voluntad á la suya de manera que no quede por esta parte libre del todo para amarte y quererte como te quiero”.

“Pues ¿por qué tienes tan engañosas muestras para con ella, me dixo Belisia, que yo la he lástima si es así?”

“Si tú me dices del engaño que recibe, mayor la habrías detener de mí, le respondí yo, por la causa que tengo para engañarla, que no es otra sino que mi pensamiento no sea entendido, por no poner en peligro el aparejo que pienso hallar algunas veces para hablarte y servirte conforme á mi deseo; que bien sabes, mi Belisia, la sospechosa condición de tu madre, y que si esto no tuviese creído, que con mayor cuidado te guardaría de mí que agora lo hace, de manera que pocas veces ó ninguna pudieses oír en presencia lo que en ausencia por ti mi ánima siente”.

“El tiempo dirá lo que en todo se ha de hacer, me dixo Belisia; bástete por agora el favor que de mí has recibido en haberte escuchado, lo que jamás pensé hacer con ninguno; y porque la gente maliciosa no pueda pensar alguna cosa de lo que hablamos, apártate de mí, porque ya vuelven cerca los que solos nos dexaron, y lo mejor será que no te vean”.

Yo, viendo la razón que tenía, con un suspiro que mis entrañas llevaba envueltas en medio de sí, le dixé: “Adiós, ánima mía, y descanso mío, hasta que yo pueda volver á buscarme á donde agora yo quedo más enteramente que no voy conmigo”.

“Dios te guíe, respondió Belisia, así como yo lo deseo”.

Diciendo esto, cada uno de nosotros se fué por su parte, viendo venir á todos los pastores y pastoras que al lobo habían seguido, con tan grande estruendo y ala-

ridos y voces que todos los valles cercanos resonaban con ellas; era la grita y vocería de regocijo por haber muerto el lobo, el cual traían con sus manos arrastrando, y era tan grande que pocos mayores se habían visto en aquella montaña. Y como yo con el mesmo regocijo me llegase á verlo, Aurelia, que con Belisia me había visto hablando, tomando alguna sospecha de lo que podía ser, casi pediéndome celos, me dixo: “Alegre te veo, Torcato, y con mayor contento que estos días passados te vía; mucho ha podido la buena conversación de Belisia, pues tan presto te ha mudado de lo que ser solías”.

Yo entendiendo sus palabras y el fin con que las decía, le respondí: “Engañada estás, Aurelia, si de mí ni de Belisia piensas ninguna cosa que en tu perjuicio sea; presto te muestras desconfiada, sabiendo que por ambas partes puedes estar muy segura, pesarmería si pensase que lo sientes así como lo dices”. Ella, reyéndose, me dixo: “Estoy burlando contigo, que aunque de ti pudiese pensar mal, no lo pensaría de Belisia, porque está mejor acreditada conmigo”.

Y con esto, tornando al regocijo que con el lobo se tenía, llegamos á las majadas, y en un prado que en medio dellas se hacía se comenzó la fiesta de bailes y danzas, que no con poco placer y alegría tuvo hasta la noche, la cual yo pasé más contento que las pasadas, por haber podido manifestar á la mi Belisia la presunción de mis pensamientos, que no me parecía haber hecho poco, según lo mucho que lo deseaba. Y con esto se pasaron algunos días, que el tiempo no dió lugar á que más pudiese á solas hablarla; lo que procuraba con gran diligencia era que por señales conociese lo que mi ánima sentía, y aunque éstas eran tan disimuladas que parecía imposible que ninguna persona entenderlas pudiese, había quedado Aurelia con tanta sospecha de lo pasado, que jamás de nosotros los ojos quitaba, y entendiendo algunas veces lo que hacía y diciéndome algunas palabras maliciosas sobre ello, yo lo mejor que podía disimulaba con ello, haciéndola estar dudosa, porque lo que por una parte sospechaba, por otra no lo creía; mas con todo esto vivía tan